

Una lucha de fin de siglo; nacionalismos religiosos *versus* estados seculares

Mark Juergensmeyer. *Our god can lick your god. The new cold war? Religious nationalism confronts the secular state.* Estados Unidos, University of California Press, 1993.

Las recientes autodestrucciones en Monte Carmelo y el suicidio masivo en Jonestown Guyana (1978), despiertan entre la gente sentimientos encontrados que van desde la pena y el horror hasta la desaprobación. Sin embargo, no hay nada nuevo en estas manifestaciones fanático-religiosas: la creencia de David Koresh respecto a la certera llegada de Armagedon se dio también en los años

66-70 a.C., en una comunidad cercana al Mar Muerto. También el suicidio colectivo de Jonestown tiene antecedentes remotos: en el año 72 a.C., se suicidaron 960 judíos “piadosos” en Masada. No obstante, el autor del libro *The new cold war?* no se preocupa tanto por indagar la razón por la cual estas acciones eran consideradas heroicas en la antigüedad y hoy despiertan el descontento de prácticamente toda la humanidad. La intención de Juergensmeyer es más bien definir las implicaciones de este fundamentalismo religioso o, como él prefiere llamarlo, nacionalismo religioso.

Como hipótesis inicial, el autor se cuestiona en torno a la posibilidad de que hoy la “guerra fría” sea sustituida por enfrentamientos entre sociedades seculares occidentales y fanáticos religiosos, y que este asunto se convierta en factor esencial dentro de la nueva geopolítica. Para desarrollar su teoría, Juergensmeyer presenta una cantidad impresionante de bibliografía especializada, además de contar con material de sus numerosas entrevistas con líderes religiosos de todo el mundo. El resultado es ciertamente interesante: una obra inteligente y desapasionada.

Sin embargo, resulta difícil aceptar este estudio comparativo como tesis definitiva. Es cierto que Burma y Sri Lanka atraviesan por problemas derivados de la efervescencia budista; que el extremismo hindú es uno de los factores más importantes de la política india; que los *sij*s son cada vez más violentos; que la iglesia católica contribuyó al derrocamiento del comunismo en el Este europeo y que los teólogos de la liberación quieren hacer lo mismo con el capitalismo en América Latina. Pero en términos prácticos, sólo el renacimiento de la teocracia musulmana puede ser considerado como un fenómeno religioso de consecuencias geopolíticas. Es este fenómeno el que ha originado la “creación” del arco de la crisis que va desde el noroeste africano, pasando por el sudoeste europeo e incluyendo el Medio Oriente y Asia Central, hasta llegar a Malasia y Filipinas. Puede considerarse incluso que la actual participación estadounidense en Bosnia es consecuencia directa del temor servio de convertirse en víctimas del *jihad* islámico.

Claro está que hay una serie de activismos religiosos y las entrevistas de Juergensmeyer con algunos de los líderes muestran puntos en común con lo que pudiera estar ocurriendo en el mundo islámico. En la mayoría de estas agrupaciones existe un fuerte temor respecto a la posibilidad de que la occidentalización destruya tradiciones y culturas antiguas, además de que se presenta una marcada preferencia por lo espiritual, más que por lo material.

No obstante, los activistas budistas y *sij*s tiene en realidad un rol menor dentro de las sociedades de sus países, y el catolicismo (ya sea de derecha o de izquierda) es hoy en día más bien moderado e integrado al secularismo occidental. Incluso los nacionalistas hindús, a quienes se considera con la capacidad de derrocar al

gobierno indio, realmente están reaccionando y luchando contra lo que consideran una amenaza musulmana mayor.

La teocracia islámica es muy distinta a los movimientos mencionados anteriormente. En primer lugar, abarca a la mayoría de los países que cuentan con enormes reservas petroleras: como ya pudimos ver en el caso de Iraq, es el petróleo el que puede permitir a una nación musulmana adquirir la suficiente fuerza para convertirse en una potencia regional. Asimismo, debemos considerar que el Islam es, desde sus orígenes, una religión basada en la necesidad de conquistar para ganar el cielo a los piadosos. Y, finalmente, el Islam posee una tradición continua de ley teocrática, misma que se ha ido adaptando a las necesidades del mundo moderno. Por estas razones, las teocracias islámicas no son fantasías, sino realidades concretas que han existido desde siempre y que podrán reinstalarse en aquellas naciones musulmanas que sólo han sufrido un proceso superficial de secularización.

En la última parte de su libro, Juergensmeyer se pregunta si seremos capaces de vivir con el nacionalismo religioso, y asegura que ciertamente debemos reprobamos actos violentos y contrarios a los derechos humanos mediante instancias como la ONU; sin embargo, el autor insiste en que hay ciertos aspectos positivos de esta religiosidad que hay que rescatar, refiriéndose sobre todo a la noción de que "las sociedades nacionales son comunidades morales". Es por todos sabido que los gobiernos occidentales deben asumir el renacimiento de la dimensión religiosa en la geopolítica, y esta obra funciona muy bien como texto introductorio para quien desea entender más este asunto. No obstante, resulta poco probable que se vaya a suscitar una guerra fría global entre el secularismo y el nacionalismo religioso.

El Islam no ha pasado por un periodo de reforma e iluminación como ha sucedido con el cristianismo y el judaísmo, aunque es muy probable que el culto a Alá esté atravesando por una transformación similar. Así, es posible que más que precursores de algo por venir, Koresh, Jim Jones y el Ayatollah Khomeini sean las reminiscencias de un modo antiguo de ver la vida.

New York Times